

MAXIMILIANO DE HABSBURGO Y LAS CORRIDAS DE TOROS



GACETA TAURINA

“Primera Revista Taurina Electrónica en el Mundo” (Agosto 1996).

ÍNDICE:

- 2 Maximiliano de Habsburgo Taurófilo.
Salvador García Bolio
- 15 Guillermo H. Cantú, una sustentada voz de alerta
que nadie quiso escuchar.
Leonardo Páez
- 18 Quino.
BARDO DE LA TAURINA
- 20 Por qué soy Taurina?
Farnanda Haro Cabrero
- 27 En Tinta Negra y Roja - Siglo y Medio de Piedras Negras.
Luis Eduardo Maya Lora
- 31 *El Calesero*: naturaleza trianera, esencia torera y
belleza capotera.
Miriam Cardona Martínez
- 35 Lupe Sino, el amor de *Manolete* y su peliclesco
Regreso a México.
Leonardo Páez

DIRECTORIO:

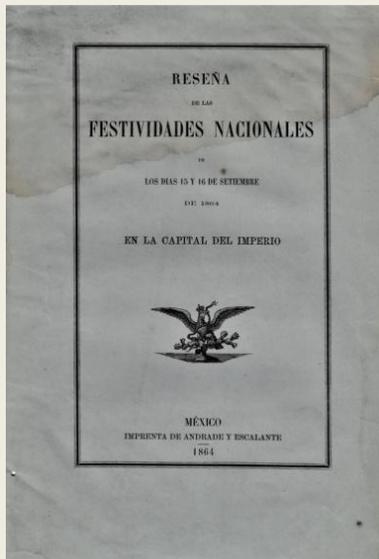
GACETA TAURINA. 2a. Época. Número 5. México.

Director:

Salvador García Bolio “GARBOSA”

director@bibliotoro.com

MAXIMILIANO DE HABSBURGO TAURÓFILO



RESEÑA DE LAS FESTIVIDADES NACIONALES DE LOS DIAS 15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1864 EN LA CAPITAL DEL IMPERIO. 1864, Ciudad de México. Imprenta de Andrade y Escalante. 23 páginas, incluida la portada.

En mayo de 1864 el archiduque austriaco Maximiliano y su esposa Carlota llegaron a la costa de México, el 12 de junio entraban a la Ciudad de México. Tres años ostentó Maximiliano el título de Emperador de México ya que fue fusilado el 19 de junio de 1867 en el cerro de las Campanas, Querétaro.

Tres meses después de su llegada, el mes de septiembre, los mexicanos vivieron las primeras celebraciones de la Independencia durante el Segundo Imperio, las que incluían la extraordinaria corrida de toros que se celebró en la plaza de toros del Paseo Nuevo el viernes 16 de septiembre con toros de Atenco, capitán de cuadrilla Bernardo Gaviño.

El folleto que ilustra estas líneas da testimonio de las primeras celebraciones de la Independencia de México que se realizaron bajo el reinado de Maximiliano de Habsburgo durante el Segundo Imperio. Detalla los esplendidos arreglos, en los que se asegura que el Emperador no quiso que se perdonara gasto, a fin de que se desplegaran la pompa y magnificencia debida, contiene los discursos del Emperador, la Emperatriz, el Ministro de Estado y algunos Prefectos Políticos; la lista de los invitados de la gran Comitiva de la Emperatriz Carlota que incluía generales, nobles y demás personalidades notables.

Entre los maravillosos espectáculos y celebraciones que hubo se mencionan corridas de toros, obras de teatro, circo, grupos de música, globos aerostáticos.

Esta celebración hecha por Maximiliano es de gran relevancia histórica, con la intención de legitimar su gobierno ante los ojos de la población el austriaco se trasladó con toda su corte al pueblo guanajuatense y la noche del 15 de septiembre de 1864, desde la que fuera casa de Miguel Hidalgo dirigió una sentida arenga a los mexicanos, y es ahí en

Guanajuato, en la Plaza Principal de Toros, el jueves 29 de septiembre de 1864, que se le obsequia “a S. M. I. MAXIMILIANO I DE MEXICO” una corrida extraordinaria a la que asiste.



Durante el reinado de Maximiliano la capital mexicana continuó con sus temporadas taurinas.

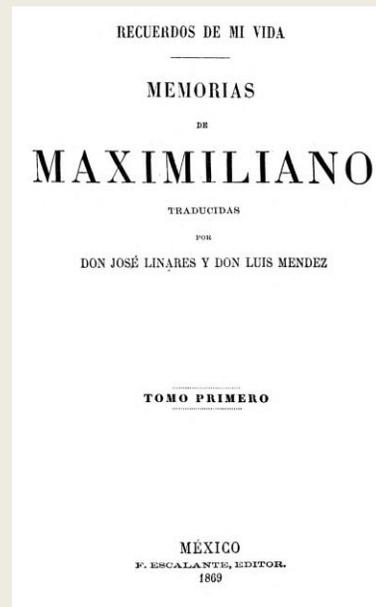
Extenso sería enumerar todas las cosas buenas que Maximiliano trajo consigo a nuestro país, por lo que abrevio y solo destaco que él respetó, apoyó e hizo suyas algunas de nuestras más arraigadas tradiciones, dos ejemplos: La charrería y las corridas de toros.

Del portal de La Federación Mexicana de Charrería A.C. leemos “Fue Maximiliano de Habsburgo quien hizo cambios a la vestimenta charra. Cambió la gamuza por textiles, cerró el pantalón abierto del chinaco y adoptó la corbata en lugar de mascada. La bota de campana la reemplazó por el botín de

una pieza y los sombreros adoptaron diferentes alturas en las copas dependiendo la ocasión y el status.

Y respecto a las corridas de toros, Maximiliano, mostró una gran afición por las corridas de toros. ¿Cuándo inició?

Es el propio Maximiliano quién nos contesta la pregunta en la obra RECUERDOS DE MI VIDA. MEMORIAS DE MAXIMILIANO TRADUCIDAS POR DON JOSE LINARES Y DON LUIS MENDEZ, en la que narra el haber presenciado durante su viaje a España una corrida de toros, específicamente en la plaza de toros de Sevilla el día 14 de septiembre de 1851.



14 de Septiembre de 1851

ESPAÑA
CAPITULO TERCERO
SEVILLA Y LA ANDALUCIA

Página 130.- “... Contentísimos subimos a un coche guarnecido de rojo, como los de los cardenales, para hacernos llevar a las arenas de las Corridas: es un vasto edificio de forma circular, situado en una plaza descubierta. En la entrada daba la guardia un piquete de hulanes. (lanceros)

Queríamos entrar por la puerta de en medio, pero nuestros billetes nos hicieron tomar la puerta lateral. Subimos una primera escalera que remata en un estrecho pasadizo: allí tuvimos que franquear aún algunos escalones, y de repente nos hallamos en las galerías, en el interior de un circo inmenso é imponente.

Nos condujeron a un banco de piedra al cual se había agregado, en honor nuestro, un respaldo de madera. Este banco se encontraba entre dos columnas cerca de una balaustrada de fierro. Forzoso fue acomodarse allí como pudimos entre el hierro y la piedra. De ordinario me horripila el sentarme en un espacio tan reducido en medio de una numerosa reunión; pero, ¡qué sacrificios no se harían para gozar del espectáculo que nos esperaba! Me instalé, pues, lo mejor posible; me puse a observar por menor la disposición de la plaza; teníamos delante el vasto recinto vacío todavía debajo y detrás de las galerías.

El edificio, cuyo plan es bastante semejante al de las arenas antiguas, solo tiene una mitad construida de piedra. Todo lo demás es de madera. El techado, soportado por ligeros arcos, abriga a los espectadores de los rayos del sol, a lo menos de un lado. En medio de la parte de piedra se levanta el

palco real, adornado con una corona y descansando sobre una gran puerta abovedada.

Enfrente, del otro lado del Circo, está el palco del Empresario de la corrida, también sobre una ancha puerta. El recinto interior en donde se libra el combate es ovalado; una barrera de planchas, bastante elevada, pone al público al abrigo de los peligros de la corrida. En diferentes puntos de esta barrera hay practicadas aberturas disimuladas detrás de ligeros burladeros de madera sobre los que están pintados los emblemas de la corrida; son refugios para los combatientes.

Una indecible angustia se apoderó de mí al pasear mis miradas por aquel vasto recinto y pensar en lo que seguía. ¿Tendré ánimo para contemplar el juego sangriento que se prepara? Me veo tentado un momento de alejarme del Circo, un impulso secreto parece querer lanzarme de mi lugar; pero las galerías se llenan más y más; y el atractivo de este espectáculo triunfa de la turbación que me agita.

Vestidos de fiesta de todos colores llenan los palcos y las galerías; diríase que es aquello una exposición de flores colocadas sobre gradas. Distínguense por su agitación los hombres, bien formados, cubiertos con el sombrerito redondo, vestidos de chaquetas bordadas y fajas rojas en la cintura; es aquello un movimiento perpetuo, una batahola que aturde; la multitud grita, aúlla, silba, atruena, ¡y esto no es más que el preludio de lo que vamos a oír durante la corrida! Acompaña a este tumulto el chis chas de millares de abanicos; las ricas usan

abanicos de laca de China, iluminados con los más vivos colores; las pobres y el sexo fuerte, que no hace de ordinario uso de este instrumento de la coquetería femenina, se procuran fresco con abanicos de junco y de papel comprados en el día y decorados con viñetas y versos de actualidad.

Un pueblo entero de mujeres de cabellera de ébano y ojos centellantes cubre las gradas de piedra; cubre sus hombros la mantilla tradicional; es un murmullo general de cuchicheos y alegres conversaciones. ¿Aquellos labios de rosa hablan acaso de placer o de baile? ¿Aquellos ojos llenos de fuego se ocupan acaso de pasar revista a los danzantes que entran en un salón? Nada de esto. ¡Las hijas de Sevilla solo se interesan por la lucha sangrienta que va a empezar!

Algunos oficiales de rico uniforme entraban por la puerta situada tras de nosotros, y con ellos una de las más graciosas y bellas criaturas que se me hayan aparecido bajo el cielo español. Llegó a sentarse cerca de nosotros, de manera que pude contemplar cómodamente el juego de su fisonomía y el menor de sus movimientos. Por lo pronto, no me pareció ocuparse de otra cosa que de chancearse y reír con uno de sus adoradores; pero me propuse no perderla de vista cuando la sangre corriese.

Los clamores de la muchedumbre aumentaban con su impaciencia: los abanicos y los sombreros se agitaban más y más. Dominaban el tumulto general las voces agudas de los vendedores de refrescos. ¿Os imagináis acaso que los lindos labios de las andaluzas no toman más

que sorbetes, y que sus dientes de perla consienten apenas en pulverizar bizcochos? .

. Lejos de esto. Así como los españoles son salvajes en sus placeres, así son primitivos en la satisfacción que dan a su paladar: agua pura, simples buñuelos, he aquí todo su regalo: estos últimos tienen un nombre característico, viento de España (*spanischer wind*), cuya etimología no necesita comentarios.

Al fin habíase llenado el vasto recinto. El sol inundaba con sus rayos una parte del edificio, no sin duda para mayor placer de los que recibían sus abrasadores besos. El cielo, de un azul oscuro y profundo, extendía su inmensa bóveda sobre aquella escena abigarrada. La muchedumbre más y más turbulenta, golpeaba con furor sobre las planchas de madera, y ejercía el derecho que se ha arrogado con los siglos de dirigir el espectáculo con sus gritos. Todos sentían que el gran momento se acercaba, y yo mismo, presa de una exaltación inexplicable, participaba de la impaciencia del público. A poco sonó una trompeta: la puerta del gran palco que teníamos enfrente abrióse de par en par, la batahola se hizo universal como las olas del mar enfurecido: todas las miradas se dirigen a un hombre que se presenta en la arena montado en hermoso caballo andaluz.

Nuestro sirviente de plaza italiano nos da a conocer a este personaje y las particularidades de la escena que empieza: es el empresario de las corridas que viene a recibir de manos del alcalde, sentado en el palco principal, la llave que sirve de señal al

principio de la fiesta: de ordinario quien la arroja es el Duque de Montpensier en persona; pero el príncipe estaba ausente hoy. El empresario detuvo su caballo en medio de un hurra inmenso. Los españoles, como en general los meridionales, se apoderan con avidéz de las más ligeras ocasiones que se les presentan para sobreexcitarse y dar libre curso a la expresión de sus sentimientos. Esta ceremonia de la llave se ha convertido para la multitud en objeto de las manifestaciones más ruidosas de su aprobación ó reprobación.

¿Recibe el empresario la llave en su sombrero? descarganse furibundos aplausos: ¿la deja caer a la arena? llueven risas y silbidos. El empresario saludó; del balcón fue lanzada una llave ricamente encintada; pero por desgracia cayó en la arena, y los silbos y las risas estallaron por todos lados.

Oyese nuevo toque de trompetas; recorre a la asistencia un estremecimiento de entusiasmo. Entran solemnemente y con paso firme y ligero las espadas con sus cuadrillas, los picadores y los banderilleros vestidos ricamente a la usanza española. Síguenlos hermosas mulas soberbiamente enjaezadas, con cascabeles y copetes, destinadas para llevarse los animales muertos en el combate. Era la vieja España la que se adelantaba a nuestra vista, con sus antiguos usos, su magnificencia en el vestir y su andar imponente.

Llenos de confianza en su valor y seguros de la victoria, los combatientes entran con arrogancia en el vasto circo. Aclamaciones entusiastas los saludan por todas partes, y

millares de miradas se fijan en ellos. ¡Qué comitiva tan fastuosa y tan admirable! No era ciertamente el miserable móvil de nuestra época, la plata, el que los impulsaba, no: la confianza en su propia fuerza era la que daba a aquellos hombres su dignidad. ¡Qué riqueza en los trajes de las espadas y de sus cuadrillas! ¡Qué bien hacen resaltar la elegancia de sus formas! Sus primorosas chaquetillas de seda están cubiertas de bordados de oro y plata, de lentejuelas, de franjas y de adornos de toda clase, especialmente en las espaldas, en las que la tela desaparece bajo un hacinamiento de arabescos: sus cuellos, libres y despejados, no tienen ni el embarazo de la corbata. Sus nobles facciones están contorneadas por abundante cabellera echada hacia atrás, terminando en una bolsita adornada con una borla negra. inclínase sobre la oreja una gorrita de terciopelo (montera), y ancha faja de color ciñe sus cinturas: el calzón corto, bordado también de oro y plata, es del mismo género que la chaqueta: ajusta la flexible pierna una fuerte media de seda color de rosa ó blanco; y, por último, llevan capa tejida de lana y seda graciosamente echada al hombro.

Los picadores ó combatientes a caballo tienen de común con los otros la rica chaquetilla, la faja y el peinado; pero en lugar de la montera, llevan sombrero gris, de anchas alas, de copa baja, y coronado con una enorme mota, sombrero tantas veces reproducido por la pintura, que los cabellos recogidos por detrás mantienen horizontalmente en la cabeza del jinete; las piernas de éste están protegidas de las

cornadas del toro por grandes botas bajo sus pantalones de cuero amarillo. Los picadores están armados de lanzas que terminan en punta de una ó dos pulgadas de largo: este fierro no puede herir peligrosamente al enemigo; pero basta para irritarlo y contenerlo. La silla es muy alta por delante y por detrás; los estribos de madera forman anchos zuecos como los estribos turcos. Un largo acicate de hierro, agudo como un puñal, arma el talón del jinete: para dirigir caballos medio muertos las más veces, no bastaría el acicate ordinario. Aquellos caballos son pobres bestias asmáticas y enflaquecidas, lo que fácilmente se comprende pensando en la triste suerte que se les reserva.

Después de hacer su entrada en la arena, en medio de los aplausos de la muchedumbre, dividiéronse los fieros combatientes, y cambiaron sus capas por otras más a propósito para el combate. Los tiros de mulas desaparecieron por una puerta lateral; callóse la música, y un toque de corneta dado enfrente del palco principal anunció el gran momento.

Abrense las puertas de par en par, la agitación redobla, y la impaciencia es indescribible. El toro, el negro hijo de la torada, se lanza a la arena en poderosos saltos acogido por inmenso hurra de entusiasmo universal. Ya está herido en la nuca, ya lleva el primer dardo lleno de cintas. Súbitamente se detiene como petrificado. Con mirada feroz contempla largo tiempo las mil y mil formas humanas; mide majestuosamente el espacio de

combate y de muerte. Los nobles combatientes, los chulos, lo rodean haciendo flotar a sus ojos los pliegues de sus capas. Parte sobre ellos a ojos cerrados; pero esquivan el choque con rápido y gracioso movimiento. Vuelven a flotar las capas, y vuélvese a lanzar sobre sus agresores: creese que ya va a alcanzarlos en su carrera desesperada, que va a hundirles los cuernos en el flanco; pero ellos con ligereza increíble y gracia maravillosa, saltan la barrera del circo, ó se refugian detrás de los pequeños abrigos de madera.

El arte consiste ahora en dirigir el furor del animal, de modo que se arroje furioso sobre los picadores que lo esperan a caballo.

Vacila por un instante; y luego, de súbito, parte sobre ellos rabioso: espérase algo espantoso; pero los piquetes de las garrochas, hábilmente lanzadas sobre el lomo, lo hacen rebotar. El toro está herido; corre la sangre; la lucha empieza verdaderamente. Mi agitación, mi inquietud cesan, y una sensación extraña, un poderoso atractivo las reemplaza. Cada movimiento del toro es acogido por las exclamaciones y los silbos de la multitud. Contemplaba a mi derredor a las bellas hijas de España: gran calma reinaba en sus semblantes; la vista de aquellas sangrientas heridas no las hacia estremecerse. Por segunda vez veíase el furioso animal rodeado de la tropa de agresores que lo excitan agitando sus capas: los persigue con rabia; pero cuando el peligro es inminente, arrojan las capas a los pies del animal: éste las pisotea, las hace trizas, y deja a los hombres tiempo para

esquivarse; o bien es un chulo el que se lanza de un brinco cerca del animal, haciendo revolotear delante de él su capa, y atrayéndolo en otra dirección.

Los picadores esperan de nuevo al toro que se precipita y recibe una garrochada; pero esta vez, en lugar de huir, hunde sus cuernos aguzados en el vientre de un caballo. La pobre bestia recibe una herida mortal. El picador cae: el interés de la lucha crece más y más. Mientras que el hombre se levanta y se lanza de nuevo sobre su ensangrentada montura, el toro hunde sus cuernos con rabia sublime en el vientre de otro caballo. Las pobres bestias deben cargar a sus jinetes mientras que puedan tenerse en pie. Ya les salen las entrañas y las arrastran por la arena: uno de ellos flaquea y se arrastra agotado, moribundo; pero una nueva cornada lo levanta y lo arroja sobre la arena, hasta que al fin, con aplausos frenéticos de la multitud, cae tendido a los pies de su enemigo.

El drama, mas y mas conmovedor, triunfaba de todas mis angustias. El toro ha dado varios golpes mortales; pero, a Dios gracias, ningún picador ha sido herido. Oyese nuevo toque de cornetas, que anuncia la llegada de los banderilleros: son estos, hombres de una habilidad maravillosa, que deben plantar en los cerviguillos del toro, largas flechas que terminan en lengüetas de hierro, y están cubiertas de recortes de papel: estas flechas se llaman banderillas, y están destinadas para reavivar el furor del animal dándole el grado de exasperación necesaria para que se presente bien a la espada del matador.

Deben ponerse dos banderillas a la vez, y esta operación no deja de ser bastante peligrosa. Los picadores se alejan. ¡Con qué limpieza y ligereza los nuevos combatientes plantan sus flechas en la carne del toro! Va a alcanzarlos; mas una conversión rápida y graciosa los pone instantáneamente en seguro. El animal está furioso, y se agita en todas direcciones; mientras más se defiende y se voltea, mas lo irritan las banderillas, golpeándole la cabeza.

Ha recibido ya seis ú ocho. Las trompetas tocan de nuevo. Lucas Blanco, el hermoso matador, se adelanta en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo. Dirígese al palco principal; saluda a las autoridades, y les pide permiso para dar al toro el golpe mortal. Ya el famoso paño escarlata, la *muletilla*, flota sobre su brazo; ya tiene en la mano la hoja acerada. Por tres veces, y para anunciar la sentencia fatal que va a ejecutar, agita horizontalmente su sombrero, paseando sus miradas por toda la asamblea: después, con paso firme y soberbio, marcha al enemigo: las cuadrillas excitan al animal con sus capas: Lucas hace revolotear su paño escarlata, sobre la que el toro se precipita ciegamente: un movimiento rápido le basta para evitar el empuje de la fiera. Este juego, que repite varias veces, excita hasta un grado inaudito la emoción general.

De repente, el toro toma la posición que el matador desea; se detiene a algunos pasos enfrente de éste, levanta con sus piés nubes de polvo, baja la cabeza y parte con todas sus fuerzas sobre el ligero paño. Ha llegado

el gran momento: la concurrencia entera se levanta como un solo hombre; y sin terror, sin angustia, espía el golpe mortal con mirada embriagada. Este movimiento general, eléctrico, es uno de los espectáculos mas grandiosos que puedan ofrecerse a los ojos de un extranjero, y prueba hasta que punto han pasado las *corridas* a la sangre y al temperamento del pueblo. Lucas permanece inmóvil, intrépido y arrogante, y como clavado por una hechicería: de repente blande su espada, apártase la muletilla, un relámpago argentino pasa con la rapidez del pensamiento entre los dos cuernos, el toro vacila y se postra en la arena. El entusiasmo de la muchedumbre no conoce ya límites: agitan reciamente el aire los aplausos y los gritos. Yo me siento arrebatado; una embriaguez salvaje, indefinible, se apodera de mí: el drama sangriento me transporta; mis manos envían al bravo espada merecidos aplausos. El pasa triunfante por delante de los palcos, saluda a los mil y mil espectadores que lo contemplan: es el rey del momento: electrizó a la multitud. Por todas partes le arrojan, en señal de felicitaciones, sombreros que vuelve a lanzar con gracia a las galerías.

Lo observé todavía con mayor admiración en las escenas siguientes. ¿Pero cómo el espacio de un cuarto de hora puede cambiar de esta manera los sentimientos de un hombre? ¡Al llegar, me sentia lleno de inquietud y de malestar, y ahora estoy lleno de entusiasmo!

La música militar tocó la muerte del toro; las mulas lo arrastraron fuera del circo con los

caballos muertos. El pueblo prorrumpió en nuevos gritos de alegría: el segundo toro aparecía en el circo, y la noble lucha volvía a empezar. El animal era menos fuerte que el primero; el combate fue menos sangriento. Un media espada, llamada José Carmona, joven de notable hermosura, fue muy inferior a Lucas Blanco en el modo de introducir la espada: el primer golpe no hirió la espina dorsal y el toro no cayó. Tratábase, pues, de sacar la lámina de la herida y herir de nuevo, y en esto fue feliz: el toro cayó; claváronle puntas aceradas en la espina, hasta que espiró a vista del público. Ya estaba yo animado de sentimientos del todo españoles, porque dejé pasar delante de mí, sin aplaudirlo, al matador que era un debutante.

Presentóse entonces el tercer toro, animal soberbio y vigoroso; su ancha frente ostentaba grandes cuernos agudos y afilados: sus piernas secas y nervudas eran cortas y robustas. Su furibunda entrada le valió desde luego los más ruidosos aplausos. Yo seguía sus movimientos con interés imposible de expresar; no podía apartar mis ojos de la arena; las peripecias de la lucha me cautivaban poderosamente. ¡Qué estremecimiento en la asistencia cuando el toro llegó a colocarse furioso ante el picador: midiéndolo con una mirada de desafío, partió después con toda su fuerza sobre el caballo y el jinete! Este momento es uno de los más pasmosos y patéticos. Pero cuando el toro ha sumergido sus cuernos en los flancos del caballo, de ordinario se retira, y no se encarniza sobre su víctima, de manera que el picador caído, está al abrigo

de su furor. Las más veces la herida del caballo es tan ancha, que se ven salir y colgar los intestinos sangrientos. Tiénese cuidado de cubrir los ojos de estas pobres bestias, porque la vista del toro podría espantarlos y hacerles dar saltos peligrosos. Una vez, en las corridas de hoy, el toro alcanzó al caballo por detrás, y en su rabia lo levantó dos veces. Pero el pueblo excitado, no conserva la misma paciencia, despiértase la naturaleza primitiva del hombre, sobrepónese la pasión salvaje, y el descontento estalla por todas partes cuando el toro no hiere de muerte al caballo, cuando las fases del combate no son bastante sangrientas.

Esta vez fué también Lucas Blanco quien dio el golpe mortal; el aire repitió nuevas y entusiastas aclamaciones. Un caballo quedó muerto en el terreno; otro desbarrigado y desangrándose fue arrastrado por las mulas fuera del circo, bajo las risotadas de la multitud. El pueblo es de una barbarie horrible y de increíble crueldad. En semejantes momentos se puede ver que fuego arde todavía en las venas españolas. Cuando un toro no manifiesta bastante coraje en el ataque, el pueblo silba, aúlla, y trata de excitarlo agitando los pañuelos.

En el palco vecino al nuestro había sentado un anciano de facciones nobles y acentuadas, de sombrero andaluz en la cabeza. Tomaba parte vivísima en el combate echándose adelante, interpelando a los matadores. Veíase en él hasta que punto el fanatismo por estas fiestas es vivaz en España, y cuán populares han quedado estos

juegos sangrientos. Es que hay en el *torillo* un atractivo particular que no puede describirse: la emoción que excita el momento del peligro, arrastra en la corriente del entusiasmo a todas las almas con fuerza irresistible. Me contaban de un extranjero que se expresaba no hace mucho con excesiva dureza sobre el carácter bárbaro de estas fiestas: la delicadeza de sus sentimientos le hacia horrorizarse de lo que no veía. Un amigo que conocía por experiencia el atractivo poderoso de las *corridas*, lo decidió un día a ir a ver una. En presencia de esta noble lucha, sintiose también dominado por la dulce y salvaje embriaguez, y en su impaciencia por gozar de nuevo de este placer dramático, preguntó a su amigo cuándo tendrían lugar las próximas corridas. En cuanto a mí, sentía vivamente que mi permanencia no fuese bastante larga, para permitirme volver a gozar aquellas sublimes impresiones.

El cuarto toro que mató también José Carmona, fue menos interesante. Nos indignábamos cuando sus golpes no hacían brotar bastante sangre, o cuando retrocedía por un movimiento temeroso. Oíanse murmullos por todos lados, y los gritos de *¡perros! ¡perros!* volaron de boca en boca. La multitud pedía los famosos *bouledogues*. Sentíamos ya el placer de ver a nuestro tímido campeón en lucha con estos nuevos adversarios, pero el voto del pueblo no fue oído. Gran número de perros pieren en este juego: y como la pérdida es soportada por el empresario, se comprende por qué este no quiso dar a la lucha esta forma interesante y nueva.

El quinto toro se lanza en saltos furiosos a la liza: ¡famoso cuídate de él! [*ein ganzer Kerl!*] ¡Nuevos estremecimientos, nuevo entusiasmo! Las cuadrillas remolinean a su rededor; el noble animal cae sobre ellas y se repiten los aplausos. Reconocese que una idea profunda, la glorificación de la fuerza y del ánimo viril, preside a estos juegos de los tiempos pasados, y que aun no han acabado completamente la antigua grandeza y el noble orgullo de la España. Lejos de contener a los combatientes en lo más fuerte del Peligro, la voz del pueblo excita a los picadores a un ataque más vigoroso; es necesario hacer que el hierro penetre; es necesario herir al animal; el español no quiere misericordia.

En el curso del combate, el toro se mostró verdaderamente digno de la fiesta: sus golpes eran terribles, parecía tener conciencia de la potencia de sus armas, y justificaba con su noble valor los aplausos y los gritos de la concurrencia. Todas las miradas se dirigen a él en el circo. De una cornada hace bambolear un caballo. La concurrencia se levanta y vé llegar el momento del peligro: lanza gritos de alegría: presa de una agitación férvida, contempla la sangre que corre y las crueles heridas. Caballo y caballero vacilan. Otro picador es derribado con su montura. La escena es de un horror sublime, de horripilante belleza: el hombre y la bestia caen uno sobre otro; el caballo recibe el último golpe y muere. El pueblo delira: es uno de aquellos toros como les gusta a los españoles, que ellos saludan con aclamaciones entusiastas. Suenan las trompetas: los banderilleros se ciernen

alrededor del animal furioso: brilla la llama; atruenan las detonaciones; las banderillas eran de fuego, para aumentar por todos los medios posibles la rabia del toro.

Nuevo toque de corneta se oye. Pero ¿cuál no es nuestra admiración? Lucas Blanco llega graciosamente al frente de nuestro palco, y al momento todas las miradas se dirigen a nosotros. El hábil espada me dirige con dignidad algunas palabras de cortesía y me anuncia que va a dar el golpe fatal en honor mío. Una sensación indecible se apodera de mi corazón: toda la asamblea tenía los ojos fijos sobre mí; percibía los zumbidos de la atenta muchedumbre. No lo negaré: este homenaje nacional me lisonjeaba, y mi pensamiento recordó los bellos tiempos en que los Hapsburgos reinaban sobre este noble pueblo. Mi exaltación llegaba a su colmo: era yo en cierta manera el eje del espectáculo; el toro iba a ser inmolado en honor mío. Dijeronnos al oído que la costumbre en España era recompensar aquella hazaña con una bolsa de dinero. Preparé mis *Columnarias*. Lucas agita al momento la muletilla, y el toro furioso brinca a derecha é izquierda. De repente, aprovechándose de un momento favorable, la espada le introduce su arma entre los dos lomos, y la saca de la ancha llaga aplaudido por el pueblo. El animal vacila y cae. Con sonrisa triunfante avanza Blanco hacia nuestro palco, y en medio de la alegría del *tango americano* y de los aplausos de los espectadores, cae la pesada bolsa a sus pies.

Por feliz me tuve en poder dar esta recompensa al bravo espada. Lucas Blanco es pintoresco en sus menores movimientos; siempre tranquilo y arrogante, trata el combate como un juego. Durante la corrida uno de los toros lo persiguió; quiso refugiarse detrás de uno de los pequeños burladeros de madera, pero el animal se detuvo de súbito como petrificado; el matador también se detuvo, y sosteniéndose en un pié, apoyó tranquilamente el brazo izquierdo sobre el muro de planchas. Los pliegues de su capa le caían graciosamente sobre la cadera, y miraba á su adversario con una sonrisa de desdén como si fuera un cordero.

La corrida sigue sin interrupción; pero cuando el matador ha dado el golpe fatal, se retira detrás de uno de los burladeros, y deja a su cuadrilla que empeñe la partida.

El sexto toro, el último por desgracia nuestra, estaba en el circo: hermoso y vigoroso animal de color de oro. Todavía fue la lucha interesante. Un incidente principalmente cautivó a la reunión: el toro había alcanzado y derribado el caballo de un picador; éste yacía acostado bajo su montura en la arena; el animal enfurecido vuelve contra el caballo y le pasa sobre el cuerpo. El jinete parecía perdido; pero el toro, cegado por la rabia, se lanza por encima de él y el picador se salva. José, el matador principiante, abatió este toro; pero no sabe dar el golpe con la misma seguridad que Lucas.

La corrida había terminado. El pueblo afluyó a la arena y a las puertas de salida.

Lleno de exaltación y de entusiasmo me separé de aquellos lugares cuyo recuerdo no se me borrará nunca; allí había pasado las horas más interesantes de mi viaje.

Si jamás estas líneas llegan a ser leídas en Austria, en un salón confortable, cerca de la humeante tetera, de las mantecadas y de las dulces tartas, ya veo la suerte que se me espera. La gente elegante que prefiere las pequeñas excursiones por el país natal a los grandes y peligrosos viajes; que abismada en la contemplación idílica en el bosque vecino, se extasía con los acentos del ruiseñor y el canto del grillo; esa gente elegante exclamará con arrebatado de indignación y de horror: «¡el pobre joven no se ha separado, pues, de nosotros, sino para hacerse bárbaro en tierra extranjera!» Pues bien: sin duda así se hablará de mí; pero yo me consolaré, y contestaré sonriendo: «¡pobrecitos de vosotros que no sabéis, que no podéis sentir lo que es una corrida, y qué energía de sentimientos, qué magnífico desarrollo de habilidad y de fuerza se manifiesta en esta solemnidad nacional!» Por lo que a mí toca, prefiero estas fiestas en que la naturaleza primitiva del hombre se presenta en toda su verdad, a las diversiones enervadoras ó inmorales de nuestros países hundidos en el cenagal de la molicie y del lujo. Aquí perecen en verdad los toros, pero allí el alma y el espíritu sucumben en la frivolidad sentimental en cuyo seno se pierde toda energía.

No trato de negarlo: me gustan los tiempos antiguos; no los del último siglo, en que cubiertas de polvo y de afeite, en medio de

insulsos y lánguidos idilios, caminaban las gentes arrullándose por floridos prados hacia el anchuroso abismo, no; sino los tiempos de nuestros antepasados, en que el espíritu caballeresco se robustecía en los torneos, cuando las mujeres eran fuertes, y no pedían un frasquito de olores ni fingían desvanecerse por una gota de sangre derramada, cuando se cazaba el jabalí y el oso en plena selva, y no como hoy tras de parapetos. Esos tiempos produjeron una raza enérgica. Y a nosotros, ¿qué nos queda de las diversiones viriles de nuestros padres?— ¿La caza tal vez?—¡Ah! ¡ni aun la caza! Nos llamamos cazadores; pero en realidad no hacemos más que fusilar a distancia respetuosa, y en perfecta seguridad a los pobres animales domesticados. Lo único que subsiste es la guerra; la guerra que los esfuerzos durante treinta años de nuestros modernos filántropos no han logrado suprimir; y con ella han sobrevivido dos placeres queridos de dos naciones que la decadencia no ha atacado todavía. El primero es la caza del zorro en Inglaterra, en la que el hombre se expone a peligros verdaderamente dignos de él, y no le arredra ningún obstáculo para llegar a su fin. Por más que se diga que es vana cosa el poner la vida en peligro por un objeto insignificante, temo mucho que los que retroceden ante peligros inútiles no encuentren su valor en el momento que les sea necesario. El otro placer nacional es la corrida española, verdadera fiesta popular de los tiempos antiguos. Ella exalta, es verdad, las pasiones violentas y salvajes que hay en el fondo de la naturaleza humana; pero también desarrolla el valor y la energía. No faltará

corazón para cosas mas importantes al que se entusiasma en este espectáculo, ó por lo menos no lo enervará la mortal apatía. Existe aún en este pueblo un fiero y noble espíritu caballeresco; y sin embargo de los juegos sangrientos que sus padres les legaron, son piadosos y benéficos los españoles de nuestros días. Cada cosa tiene su carácter y el sello de su época; y la variedad en el mundo es el mayor encanto de la vida.

Largo tiempo pasé antes de poder descubrir el origen de las corridas de toros. ¿Provenía de los valientes ejercicios de los moros, ó de los nobles torneos de los caballeros cristianos? ¿O bien habrían nacido después de la mezcla de las dos razas? En Granada es donde vine a hallar la respuesta a estas cuestiones. Nótase en esta magnífica ciudad una hermosa y vasta plaza rodeada de casas: un palacio adornado de columnas que hoy sirve de casa municipal, se distingue entre los demás edificios: desde él asistían los reyes moros a los ejercicios que dieron nacimiento a las corridas. Soltábanse en la plaza toros salvajes, y moros vigorosos y sin armas luchaban con ellos: aquello era más que un juego peligroso, era un verdadero combate. Débese a los conquistadores cristianos la forma actual de las corridas. Estas fiestas, andando los siglos, penetraron mas y mas en las costumbres populares, sin que haya logrado destruirlas como tantas otras tradiciones, ni aun la influencia de los filósofos, de los que se llaman propagadores de las luces, de aquellos lobos devoradores que se ocultan bajo pieles de ovejas, hienas feroces que hablan de filosofía; esta

tradición ha echado raíces muy profundas, y florece más que nunca desde que Isabel II, con un espíritu de los más elevados de sabiduría de gobierno, asiste como reina a las corridas y las dirige con el movimiento de su pañuelo. Nuevos matadores se han formado, y el pueblo y los grandes hablan todavía con profundo sentimiento de la gran *espada* Montes, que murió el último otoño en Madrid, de resultas de una herida recibida en una corrida, y fué acompañado a su última morada por ochenta mil personas. Su muerte forma época en España, pues no son solo algunos admiradores aislados, sino la nación entera la que lleva luto por el regenerador de esta noble institución. Su retrato se ve por todas partes. Un general español me refería con entusiasmo, que Montes ejercía sobre el toro el imperio más absoluto; que cuando andaba en el circo, el toro lo seguía; que cuando se detenía, el animal se paraba delante de él, inmóvil y como petrificado. El mismo personaje a la cabeza de una sociedad ha hecho construir en una pequeña ciudad, que mas tarde visitamos, un vasto edificio para las corridas: y notando con placer mi gusto pronunciado por estos juegos, me advirtió que en el mes de Diciembre próximo se presentaría ocasión de ver una admirable fiesta de este género. La alta nobleza de España quería celebrar con corridas el feliz alumbramiento de la reina, y los mismos hijos de los grandes debían figurar a caballo en la liza, e inmolar a los toros con sus espadas.

Así es como esta soberbia nación celebra el nacimiento de un heredero real.

Es tal el amor a estas fiestas en el pueblo, que se priva en la semana del pan de cada día, a fin de poder el domingo, después de haber pasado la mañana en oración, consagrar su tarde a las emociones dramáticas de la corrida, y acopiar en ella materia de conversación para la semana siguiente. Entre nosotros la clase de los trabajadores, gasta su salario en beber y en comer, para pasar todavía en la holganza y la embriaguez el lunes. ¿Cuál de los dos es preferible? Juzguelo el lector.

En casi todas las ciudades de la Península hay *corridos*, principalmente en Julio y Agosto; es la época del año en que los toros son más feroces. ¡Quiera mi suerte conducirme de nuevo a España en esta época, a fin de que estudie más de cerca estos combates y el espíritu del pueblo que se manifiesta en ellos, y que goce, una vez más, del embriagador entusiasmo, del noble regocijo, del interés palpitante que sentí en Sevilla! Este es mi voto más ardiente, aun cuando me oyese llamar por labios sentimentales, *bárbaro, sanguinario, joven desnaturalizado*: me contento con los gritos de alegría delirante que se escapan de los lindos labios españoles; y con los relámpagos aprobadores que despiden los más bellos ojos de la Andalucía. En medio de la agitación de las mantillas y del ruido de los abanicos, no puedo impedirme de exclamar: ¡Españoles, os envidio esta antigua fiesta!»

Al salir de la plaza...”

Y finaliza la parte taurina de Maximiliano dejando mucho para comentar.

¿La fiesta en paz?

Guillermo H. Cantú, una sustentada voz de alerta que nadie quiso escuchar

LEONARDO PÁEZ

Parafraseando a los 650 intelectuales preocupados que recién firmaron un complacido desplegado, en el submundo de los toros podría decirse, sin temor a exagerar, que la libertad de expresión taurina está bajo asedio por sucesivos monopolios; con ello continúa amenazada la preservación de la tauromaquia como patrimonio cultural inmaterial de México, incluso sin el condicionado apoyo de la invocada Unesco.

Otra perla, aunque sin posibilidades de paráfrasis, es la que antier soltó el siempre creativo productor de arte, como le gusta autodefinirse, Simón Casas, empresario entre otras de la plaza de Las Ventas, de Madrid, quien pidió a la prensa ser más positiva porque cuando se puede hundir el

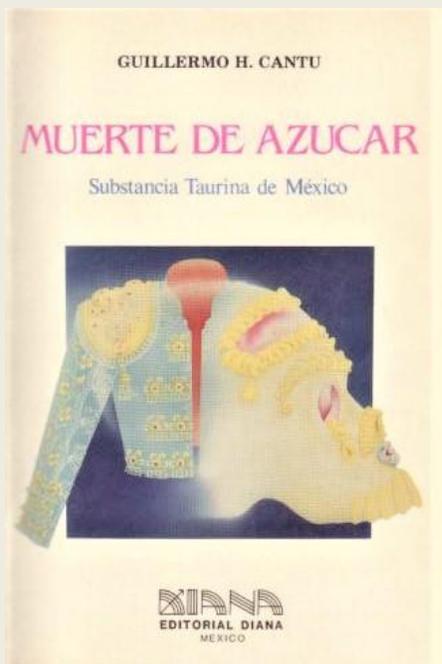
barco del toreo, debemos apoyarlo más que nunca. ¡Chale, Monsieur!, si de algo ha carecido la fiesta de los toros en el mundo es de un periodismo pensante e independiente, menos cobero con el taurineo, esa lamentable cofradía de los poderes taurinos sin mayor trascendencia para la fiesta pero que la hunde a diario.



1933 – 2020

Se fue Cantú de este plano, luego de comprobar que ningún sector de la fiesta tomó en cuenta las oportunas advertencias contenidas a lo largo de su importante contribución a la reflexión taurina.

Desde su primera obra, *Muerte de Azúcar*, substancia taurina de México, aparecida en septiembre de 1984 y reeditada en enero de 1987, Guillermo escandalizó a los partidarios, de aquí y de allá, de llevar la fiesta en paz, al atreverse a enarbolar la bandera de un nacionalismo taurino analítico e históricamente sustentado.



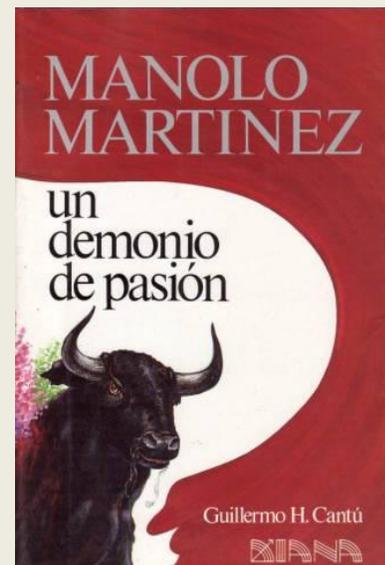
1984

A nadie se le había ocurrido revisar los arcaicos complejos de inferioridad del mexicano, sin distingo de clase social, relacionados con la rica tradición taurina del país, o de aquilatar la expresión de nuestros toreros sin la óptica del colonizado, cuyo único referente válido es parecerse a los modelos de la metrópoli y haber triunfado en ruedos de la Península. A los prestigiados autores taurinos que precedieron a Cantú tampoco les interesó referirse a la ancestral ceguera ante lo nuestro, a tomar de España lo que realmente nutre y no lo que avasalla, a la urgente necesidad de valorarnos, a considerar al toreo como genuina expresión de mexicanidad, a la obligación de los empresarios de agregar valor a su espectáculo y a reiterar que son los mexicanos, no los españoles, los únicos responsables del rumbo que tome la fiesta brava por estas tierras.

Tras el éxito de esa obra inicial vinieron dos esmerados y reivindicadores ensayos biográfico-fotográficos: *Silverio o la sensualidad en el toreo*, en febrero de 1987, y *Manolo Martínez un demonio de pasión*, en septiembre de 1990, publicados



1987

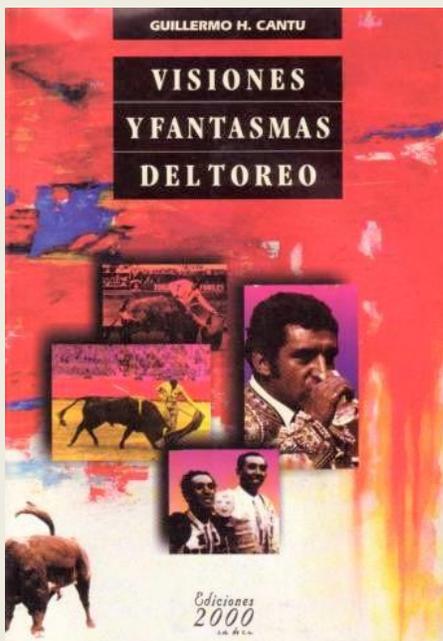


1990

también por Editorial Diana que, por desconocidos motivos, se desentendió del tema taurino no obstante las ventas

alcanzadas por los tres títulos. Vuelta a lo editorialmente correcto y a acatar criterios de fuera. En estas nuevas obras, Cantú reiteró y reforzó un nacionalismo taurino a partir de datos duros, de fenómenos socioculturales incuestionables y de las aportaciones mexicanas a la evolución y perfeccionamiento del toreo, antes de que, con las empresas más adineradas de la historia, la dependencia taurina tomara carta de ciudadanía en el país.

Del cuarto y último libro de este incansable y perspicaz aficionado regio-lagunero sobre el tema, *Visiones y fantasmas del toreo*, publicado por Ediciones 2000 en enero de ese año, tan incisivo como los anteriores pero menos conocido y de una vigencia alarmante, nos ocuparemos con más detenimiento en próxima entrega.

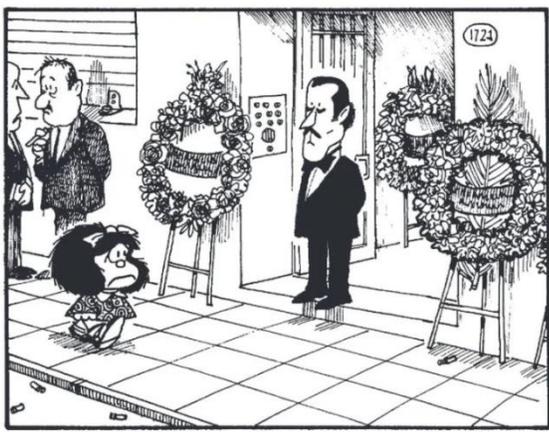


2000



Joaquín Rodríguez Costillares

QUINO



BARDO DE LA TAURINA



En días pasados con tantas noticias que han llegado de Zacatecas, teníamos subrayada una y que era estar atentos a la disertación, conferencia o catedra que dictaría la Doctora en Estudios Novohispanos Doña Fernanda Haro Cabrero, lo cual sucedió el miércoles 23 de septiembre dentro del Ciclo Cultural Virtual de Zacatecas, el tema era que ni mandado hacer para la dama, que a la cultura taurina le ha puesto cascabeles y por ello sobre la marquesina aparecieron con letras acordes, con ella el enunciado que pregonaba, “¿Es posible una tauromaquia sin detractores?”

Para esto el hombre que vive permanentemente ocupado y creo que preocupado por la salud de la Fiesta Don Salvador García Bolio, el padre de los títulos, las pastas y las hojas taurinas sintetizadas en libros, estuvo al pendiente de estarme recordando el acontecimiento, para el cual me prepare con mi libreta poco tradicional por ser de esas de pasta dura y hojas foliadas que antes regularmente se adquirían en ‘La Papelería Ideal’ desde luego no podía faltarme el clásico lápiz amarillo y contrastando el moderno marcador color limón agrio en neón, si debo de decir que nada más me ocupe del tema en forma excepcional, porque la mera verdad me aburre que el asunto de los anti taurinos, los otros taurinos lo hayan integrado a la tauromaquia, en calidad de la comidilla del día.

La señora Haro Cabrero en verdad es atrapante por el hecho de que carece absolutamente de poses frente a los micrófonos, es como ver a una Lady D, no requiere de ser más que como es, pa’ encender la lámpara solar con la mayor brillantez que pueda existir, la que le permite que se le entienda absolutamente todo lo que quiere decir, digo esto por principio de cuentas, y aquí dejando por un instante el tema, me pregunto ¿no tuvimos tantísimos años entre nosotros a la fantástica “Mafalda” como pa’ poderle haber aprendido algo de la nitidez, que no tiene nada absolutamente que ver con la horrorosa palabra *humildad*, que es absurdo siquiera pensar que cabe dentro del mundo taurino el cual pa’ officiarlo los toreros se visten de

seda y oro y los empresarios y apoderados de casimir inglés y camisas valencianas 100 % 100 algodón, sin dejar de mencionar que uno de los hombres más elegantes que ha habido en el mundo lo fue Al Capone y esto dicho en razón de que la Fiesta también tiene su propia mafia.



La conferencia referida le comentaba al director de 'Garbosa' fue algo así como el Alfa y el Omega, principio y fin pues después de escucharla ya no queda nada al respecto que no se haya dicho y lo que se siga diciendo es trillar sobre lo mismo y peor aún, es seguir insistiendo en querer obstinadamente convencer a los anti taurinos que la Fiesta del Toro, de los Toreros y los Tendidos, es una Fiesta culta y eso sí, no se han dado cuenta que eso es imposición, es querer meter las narices o entrometerse donde no los llaman, ¡vamos, pa' acabar pronto! es la misma postura de los anti taurinos nada más que al revés, es querer que los taurinos se conviertan en *Defensores de oficio*.

La diferencia que existe entre Fernanda Haro Cabrero y la mayoría de los espartanos de la defensa, es que, ésta dama tiene cultura y lo único que ha descubierto es que cuando

se estudia, se cultiva, se indaga, la visión se torna periférica y hasta profunda, quienes no profesan con los gustos taurómacos son tan añejos como el ritual mismo, entonces ¿por qué querer satanizarlos como si fuera una moda recién aterrizada? y más aún, nos estamos exhibiendo como unos verdaderos ignorantes en materia de reparto de culpas, y aquí volvemos a las interrogaciones, ¿Qué es tan pequeña y tan mansa la Fiesta Brava como pa' que se haya permitido convertirla en moneda de trueque político'.

Ya aceptémonos como gatos recién nacidos y abramos los ojos y preguntémonos ¿no estaremos ante una Fiesta Popular' que ya ni es fiesta, ni es tan popular y sí en cambio es diferente en todo, comenzando en que ha dejado de ser masiva en la medida que el espectro de los espectáculos se ha diversificado y la torería no se enteró y menos se aplicó eso que decía "Mafalda"; *La vida es linda, lo malo que muchos confunden linda con fácil*, y en el toreo lo fácil es lo que no implica compromiso, enjundia, entrega, pasión, entonces pa' ver cosas fáciles me voy el domingo al cine a ver a "Mafalda" y me caso con su idea esa de; *Los cheques de tus burlas no tienen fondos en el banco de mi ánimo*.

Atentamente

Lo que queda de la Afición.

¿POR QUÉ SOY TAURINA?

Fernanda Haro Cabrero

Hace mucho que me planteo esa pregunta. Primero porque quería tener argumentos contra quienes se me iban encima tan pronto manifestaba yo mi gusto por la fiesta brava.

Como consecuencia de la situación anterior, quería encontrar una justificación que me diera una respuesta contundente que terminara con las polémicas que desataba mi afición y me permitiera salir mejor librada. En otro momento buscaba poder compartir mi afición con alguien que me importa. Poder transmitir mi sentir y mi experiencia en la plaza de manera que le permitiera “aceptar” la fiesta sin tanta resistencia.

Finalmente, quería responder a una pregunta todavía mas profunda y que ya no tenía que ver con nadie mas que conmigo.

Mi relación con la tauromaquia profundamente estrecha, tanto pensar los toros y antes tanto sentir la fiesta da como resultado un sentido de la vida totalmente taurino. Mi fascinación por el toro bravo pertenece a la dimensión táurica pero aterriza en lo taurino.

Debo señalar que en mi casa y de modo totalmente consciente casi no se come carne y busco ofrecer a mis hijos fuentes alternativas de proteínas para enseñarle a mis hijos que existen muchos más modos de nutrirnos que limitarnos a los productos de origen animal, eso nos reduce el abanico de opciones alimenticias. Tengo dos perras, dos gatas, un conejo y una yegua. Ninguno ha sido comprado, tres regalados y tres recogidos de la calle. No estoy a favor de la compra de mascotas, no concibo que se les compren a los niños mascotas a manera de juguete y la convivencia con nuestros animales es bastante sana. Lejos están mis hijos de una lógica de Disney que vende la idea de que los animalitos son “buenos” y los humanos los “malos y tontos”. Mis hijos saben que es insensato acercar la cara a los animales que no conocen, y tocar animales desconocidos sin antes dejar que los huelan o atosigarlos con cariños y ternura que los animales no piden y pueden tomar como agresión. Es tan frecuente ver a niños pequeños acercar la cara o manos a animales ante la mirada extasiada de los padres que luego suele tornarse indignada cuando el animal rehúye al niño en el mejor de los casos, y en otros responde con una agresión. Nos hemos olvidado de la biología y de la convivencia con la naturaleza. Los animales no se acercan la cara unos a otros más que en señal de pelea, el cuello estirado, mostrando los dientes, quizá gruñendo... Qué diferencia puede podría percibir un animal (caballo, perro, gato...) entre la actitud de un depredador y la de un niño que estira su cuello, muestra sus dientes en una sonrisa y se acerca a ellos con las

manos-garras extendidas para acariciarlo. Ojo papás. La apuesta es una convivencia respetuosa. Si humanizamos a las mascotas y animales muy probablemente nos sentiremos decepcionados o sorprendidos cuando muestren sus instintos.

Mis mascotas están esterilizadas, el conejo y la yegua no. No son mascotas, son animales domésticos que es diferente.

Menciono todo esto porque era parte de lo que me hacía preguntarme, ¿Por qué soy taurina todavía? ... Y siempre me venía a la mente la siguiente respuesta, porque la fiesta brava "*es otra cosa*".

No son pocas las ocasiones en que me han preguntado: *¿Cómo te pueden gustar los toros?... Eso es crueldad*, mientras quien pregunta degusta un sirloin o su filete o su t-bone, o sus tacos y de paso patean al perro que se acerca a mendigar comida al puesto. O que después de soltarme una cátedra de civismo y ecología para condenar severamente mi gusto por la fiesta brava, me dicen, ¿Oye no sabes quien querrá a mi perro?... Ya me tiene harta, ocupa mucho cuidado, o me sale muy caro o ya me fastidió... Y peor aún cuando les escucho decir yo prefiero a mis perros que a los humanos (o a los gatos, o a vaya usted a saber que animal). ¡Claro! Comprendo que piensen así. Una mascota no te cuestionará, no tendrá un discusión contigo, no te hará ver que estás siendo intolerante o egoísta, o imprudente o necio con tus padres, tus hijos, tu pareja, tus amigos...No. Mientras le sirvas comida seguirá mostrando su preferencia por tí. En esta falsa idea de

civilidad y convivencia armónica, los animales se han sustituido a los humanos como proveedores de cariño, compañía y fidelidad. Es mucho más fácil convivir con alguien así.

Bueno pues, el perro o gato, o conejo, o cuyo o pez o hurón, son también igual que los toros, seres vivos y sí, ocupan tiempo, atención, comida y espacio. Y el filete no llegó mágicamente al plato de quien se lo come.

Si algo muy claro me ha dejado mi afición por la tauromaquia y reafirmo cada vez que voy a los toros, es un total respeto por la naturaleza y una conciencia de ser una con el mundo, *una EN el mundo*. Esa conciencia es lo que me hace seguir acudiendo a la plaza, es algo que definitivamente quiero transmitir a mis hijos y que comparto con ellos. En los toros a diferencia de otros espectáculos con animales no hay apuestas. El triunfador, mas allá del premio, conserva su vida. Y no es poca cosa.

Desde el momento mismo en que quedaron instituidas las corridas de Toros, o incluso desde antes, se instituyeron también sus detractores, son inherentes a la fiesta, son parte de ella y que bueno porque en el momento en que los toros nos dejaran indiferentes habrían perdido todo sentido.

La fiesta brava no es para todos y tampoco tiene por qué serlo.

Es innegable que una corrida de toros es violenta y, por lo mismo, no ha merecido, ni merecerá nunca, la aprobación general.

Siempre habrá quien la condene por considerarla una barbarie, o quien la apruebe como un mero entretenimiento que sacia nuestra sed de violencia. Unos cuantos pueden entender su riqueza estética y los menos de entre esos, experimentarla. La violencia existe aun sin las corridas de toros y es falso que los países donde se practica la tauromaquia sean más violentos que aquellos donde está prohibida. Antes que condenarla o defenderla sin mayor argumento que nuestros gustos o prejuicios personales, la corrida de toros es un fenómeno que merece ser abordado desde su complejidad social, psicológica, simbólica y mitológica.

Lo específico de este espectáculo es que confina la violencia en un lugar, con una fecha y hora determinados: se acude a los toros como se acude a una cita o un ritual. Durante una corrida no se trata de representar hechos ficticios para provocar emociones *reales* —como ocurriría en el teatro—, sino de ordenar una serie de acciones *reales*, de acuerdo a un guión preestablecido, con el objetivo de generar un torrente de emociones *reales*. Más que de una representación, se trata de vivir una experiencia patológica, en el sentido etimológico de la palabra griega *pathos*, que significa "*pasión*" o "*dolor*": una apasionada experiencia del dolor y de la muerte.

Para transmitir hacia los participantes estas pasiones, la tauromaquia ha desarrollado un lenguaje propio que impacta tanto en nuestro lenguaje cotidiano como en las artes: la pintura, la danza, la escultura, la literatura,

la música, la arquitectura. Se trata de una práctica cultural conformada de diversos actos comunicativos que poseen un sentido de modo aislado y en conjunto, tal como ocurre con los signos o símbolos de un texto escrito.

Considerando lo anterior, resulta sorprendente la ausencia de estudios más profundos sobre la tauromaquia. En esa dirección, sin embargo, hay que destacar el interés que el filósofo español José Ortega y Gasset demostró por la fiesta brava. Desde el mito religioso hasta el origen del toro en el reino animal, desde el significado de la fiesta en la idiosincrasia española, hasta las relaciones humanas con los toreros, de todo ello se ocupó el filósofo. Su posición ante la fiesta es muy especial, si se tiene en cuenta, como él mismo lo expresa, que no fue un "aficionado" a los toros. Pero dice: "he hecho con los toros lo que no se había hecho, prestar mi atención con intelectual generosidad, al hecho sorprendente de que son las corridas de toros espectáculo que no tiene similaridad con ningún otro, que ha resonado en todo el mundo y que dentro de las relaciones de la historia española en los últimos siglos, significa una realidad de primer orden".¹

Considerando esta importancia de los toros en el mundo hispano, Ortega y Gasset lamenta que no se le haya dedicado el suficiente análisis como fenómeno cultural:

¹ORTEGA Y GASSET, José Andrés, *Sobre la caza, los toros y el toreo*, Alianza Editorial, Madrid 1986, p. 120.

Sobre las "corridas de toros" se han publicado no pocos libros, algunos excelentes, producto de un esfuerzo meritísimo. Pero han sido compuestos desde el punto de vista del "aficionado", no del analizador de humanidades. Siempre sentí como algo penoso e indebido que no se hubiese estudiado con el mismo rigor de análisis que cualquier otro hecho humano éste que es de muy sobrado calibre. No es, pues, cuestión de afición o de desafección, de que parezca bien o parezca mal este espectáculo tan extraño. Cualquiera que sea el modo de pensar sobre él —y el mío es hasta ahora completamente inédito— no hay más remedio que esclarecerlo.²

La situación ha cambiado un poco: hay una gran cantidad de textos publicados respecto a la tauromaquia o la fiesta brava, en su mayoría son biografías de toreros, estudios sobre la genealogía del toro bravo, descripciones sobre las corridas de toros, novelas, ensayos sobre su valor artístico, crónicas de festejos o análisis de la problemática que envuelve la fiesta. Y son pocos los textos que rebasan el plano meramente descriptivo o que no se concentran en defender o atacar su pertinencia social e incluso legal. Pero también existen textos que abordan sus aspectos rituales, su carácter de festivo, el

impacto colectivo que genera, del tipo de público que asiste.

La fiesta brava no se explica si no se admite su aspecto ancestral y cultural; si no se admite que el rito fue la antesala del culto. La cultura que ha arropado siempre el discurrir de la fiesta, da idea de su importancia y de su dificultad de entendimiento; los toros de Goya son diferentes a los de Picasso, y estos a su vez diferentes de los de Manet o Lucas Villamil³. La tauromaquia es ejercicio de múltiple comprensión, y puede ser admirada o criticada, pero sus componentes, ya citados, le permiten perdurar en el tiempo y generar ecos a su alrededor.

En ese sentido, si consideramos, junto con Maurizio Ferraris, que un texto puede considerarse como “el prorrumpir de un momento vital (...) no solo, pues, como documento sino como activa y actual manifestación de la vida”,⁴ entonces la corrida de toros puede plantearse como un texto o fenómeno susceptible de ser interpretado. Y no sólo eso, es posible demostrar que se trata de un texto muy especial: un texto mitopoético que no existe sino para ser comprendido al tiempo que se le descifra y se le goza —como nos sucede al leer la poesía.

La idea central de mi trabajo conjetura que la corrida de toros, tal como se practica aquí y ahora como fruto de una tradición

³ AMORÓS, Andrés. Toros y Cultura.

⁴ FERRARIS, Mauricio, *Historia de la Hermenéutica*, Siglo XXI, México, 3ª edición. Traducción de Armando Perea Cortés, p. 329.

² *ibid.*

histórica, es la expresión ritual de un mito que manifiesta, por tanto, unos valores éticos derivados de esa visión trágica del mundo. Y la tragedia no es otra cosa que la resistencia del hombre a cumplir su destino y ese destino es la muerte.

Los encuentros de frente con la tragedia, aquellos que se encaran con los dos ojos bien abiertos, nos pasman. Una obra estética que paraliza el entendimiento, tal como sugería James Joyce: “ una stasis estética, una piedad ideal o un terror, una stasis provocada, prolongada y al fin disuelta por aquello que yo llamo el ritmo de la belleza.”⁵ Como un dato curioso, mencionaré que este autor hace varias alusiones a lo taurino en su obra *El Ulises*. A los toros acudimos a presenciar una emoción trágica, paralizante, que se manifiesta mediante la piedad o mediante el terror, entendiendo por piedad “ el sentimiento que paraliza el ánimo en presencia de todo lo que hay de grave y constante en los sentimientos humanos y lo une con el ser paciente”⁶ y por terror el sentimiento que paraliza el ánimo en presencia de todo lo que hay de grave y constante en los sentimientos humanos y lo une a la causa primera.

La fiesta Brava nos enmudece y nos conmueve profundamente. Nos une con los seres pacientes que experimentan esa lucha entre contrarios, con el toro y el torero, esta contemplación nos fortalece, nos regresa a

lo esencial, nos invita a ser valientes y estar conscientes ante el *mysterium tremendum* del mundo, su inaccesible majestad, así como su energía, la movilitas de la naturaleza.

El ritual taurino, ese teatro de símbolos paganos y cristianos, nos permite transformarnos. El conocimiento trágico es la revelación de la presencia divina en nuestra vida: La encarnación de lo divino en lo mundano. Experimentar lo sagrado.

Esos encuentros entre el azar y el orden, entre lo sagrado y lo profano, los tenemos cuando asistimos a una faena con la disposición anímica adecuada. En la estética no caben los juicios sintéticos a priori, solo se puede saber que algo es bello hasta después que nos hemos topado con él. Y nuestro interés por lo bello está sumamente ligado a nuestra facultad de desearlo⁷. Como un espejo en el que se refleja el mundo, en la tauromaquia todo aparece transformado en metáfora viva. El torero y el toro no son actores, sino ejecutantes, no fingen o pretenden el sacrificio, lo realizan. Cada faena es un poema en tiempo real de lo que sucede y un poema además, atemporal de una tragedia que no ha sucedido y que está por ocurrir, que ha ocurrido siempre y que no dejará de repetirse.

Se trata pues de una celebración pletórica de simbología y los símbolos no son un modo mas hermoso o mas poético de decir las cosas, sino el fundamento de todo cuanto es

⁵ JOYCE, James, *Retrato del artista adolescente*, Lumen, 6ª edición, Barcelona 1998, p245.

⁶ Ídem; p.243

⁷ Ya lo explicaba Kant en su disertación sobre lo terrible de la belleza y en sus escritos sobre estética.

y el puente por el cual accedemos a lo sublime y a lo bello. El símbolo no se puede entender, surge en nosotros cuando se ponen en armonía el cuerpo, los instintos, la mente, los sentimientos. Cuando se puede poner un instante de orden en el caos.

La experiencia estética nos revela que eso que no existe “realmente” es lo que da sentido a nuestra existencia. El encuentro entre lo trágico produce un sentido aterrador y sublime porque descubre lo vulnerables que somos ante la naturaleza.

La fiesta brava no puede descifrarse total o lógicamente, sino que debe conservar su misterio esencial para conmovernos. Cuando se analiza, quedan fragmentos, migajas que no hacen justicia al todo al que pertenecieron alguna vez. La faena es una propuesta de una poética de la existencia, es una afirmación de la vida, dónde el peligro no desaparece, muy al contrario se muestra y nos encuentra bien plantados, dispuestos a superar el miedo y a exponernos por un instante de belleza.

La fascinación que ejerce en mi la tauromaquia no compete a la razón, sino a su hermana gemela la imaginación. Es una posibilidad de aprehender el conocimiento trágico mediante la contemplación de una obra estética. Como todo símbolo esta en permanente construcción y se completa solo con la catarsis del espectador.

Pocas cosas son tan bellas como ver al toro arrancarse al engaño, pegarse a él obsequiándonos con su nobleza, haciendo gala de su bravura y embestir una, dos, tres,

cuatro y hasta cinco veces, seducido por la muleta que conduce el Matador. Esta belleza, ésta sonrisa de la naturaleza es la sobreabundancia de fuerza que no arrasa sino que avanza suavemente nos hace sentir plétóricos. Recordemos que la belleza es, ante todo, una seducción para existir, de manera trágica, pero plena.

Toro y torero comparten un lenguaje, un lenguaje que el matador tiene que descifrar para poder comunicarse y hacerse entender por el toro. Esta comunicación se manifiesta a través de una danza, se nos muestra como un baile, como una coreografía. Evidentemente usa él sus conocimientos y su técnica, pero también sus intuiciones y sentimientos. La faena no podría ocurrir si el torero no sintiera un profundo amor por el toro, si no adorara en él toda su fuerza y belleza, si no reconociera la magnificencia de su oponente. Por ende, tiene que crecer durante la lidia y alcanzar la altura de su oponente.

Hoy por hoy, no tengo la intención de justificar mi gusto por la fiesta brava, ni de convencer a nadie. Los toros me han dado la oportunidad de ver el mundo, de saberme viva y una con el mundo, por eso señores, lejos de atacar y cuestionar respeto profundamente la actitud contraria a la mía, saber que la vida pasa una vez y se va en un suspiro, me ha hecho mas tolerante y respetuosa de las ideas de otros. Porque si bien tengo la certeza de *ser una con el mundo*, también la fiesta brava me ha dado la certeza de que no soy la única, y de que no poseo la verdad. Estoy consciente de que

hay otros que no piensan o sienten como yo, y eso es indispensable. Enriquece a la comunidad. La diferencias no nos separan nos unen, cuando que hay disposición y voluntad.

Soy taurina porque la fiesta brava me da la posibilidad de visualizarla no solo como una experiencia estética, sino como exigencia ética de vida. Que me vaya la vida en el intento por vivirla, la vida es tauromáquica. Y lo único que nos quita el poder de estar vivos, más aún de *sentir* que estamos vivos es el no saber que vamos a morir. Todos estamos en este paso por la vida solos ante el toro de la existencia.

La vida como la tauromaquia es una FIESTA, con todo lo que ello implica: irrupciones inesperadas, excepcionales que no sobrevienen mas que una vez⁸ efímeras pero intensas ráfagas de placer y gozo que pueden dar sustento a toda una vida. En los toros aprendí a sentir y me di cuenta que el dolor no es condición de la existencia, sino solo uno de los modos en que podemos sentirnos vivos. Es una reacción. El sufrimiento en cambio es una elección y mientras hay vida hay oportunidad de aprehender.



Pedro Romero



⁸ LEIRIS, Michel, *ESPEJO DE LA TAUROMAQUIA*, ALDUS, MÉXICO 1998 p. 36.

En Tinta Negra y Roja - Siglo y Medio de Piedras Negras.



Aniversario de la ganadería fundacional, Piedras Negras, escapan. Pero el destino se las ingenia. Ha habido un festival en Tlaxcala, a puerta cerrada, con televisión abierta y habrá un festejo, a un cuarto de plaza, en la Monumental de Zacatecas el próximo mes. Y será así, de modo extraño, en que se conmemorará un acontecimiento de mayor importancia y que, claro, trae consigo el interés guardado por la Afición y la propia historia taurina.

Luis Eduardo Maya Lora



Suele la historia caer de un solo y macizo golpe.

Es algo inevitable, como la embestida del toro bravo a pleno campo. Su juicio, siempre lacónico, es imposible de parar en seco cual pleno y ofensivo galope, sería tratar de frenar el embate de los pitones. Así recae, a cada día, sobre el hierro de *Piedras Negras*, una historia de, apenas, siglo y medio. Ciento cincuenta años de golpes de cascos de caballos, de la caída del heno de los sabinos llorones habitantes callados sus potreros, del doblar de campanas o el imponente silencio o inamovible majestad de los cuatro siglos de su casco antiguo.

Del olor a neutle y sabor de magueyes.

De la solemne morada de un campo santo, reposo y memoria de familia.

Y la badana que cae cortada en el corretear de becerros y becerras, futuros adultos, o el brillo de la capa ya plateada de los cárdenos,

Ante una crisis como pocas, ni siquiera la vieja gripa de 1918 impidió dar toros, la pandemia actual traza el infortunio hacia muchas de las actividades de la vida diaria. El toreo no se salva. Ni el Aniversario de Diamante de la Plaza México o el 150

del fulgurante negro, el destello de algún castaño y el amenazante paso de los berrendos. Ciento cincuenta años del ritual de mantener la llama de cada uno de los antepasados, de cada línea ganaderas sin mayores concesiones. Encender la cadena de la flama brava que pasa de la vaca al becerro, del semental hacia las reatas y que da la impresión de que cada año ya no solo nace, ya solo no muere, siempre se renueva.

Como era en los antiguos habitantes nativos, como ordenaban los códices, hay que celebrar las veintenas en concurrencia con un día, lugar y deidad a la cual hay ofrecer homenaje. Pasado el tiempo, para el caso de *Piedras Negras*, es claro su 21 de septiembre, siempre en el mismo sitio y en el día de San Mateo, el prístino nombre de Huiscolotepecque revive.

Y esto es, en buena medida, dada la fusión, casi insospechada, de dos tradiciones.

Se doma al caballo, se cría al toro bravo.

Pero a esto sumemos, además, un elemento digno de los viejos códices, incluso de los pocos prehispánicos que sobreviven, aquel que forja una historia utilizando la “*in tllili...in tlapalli...*”, la tinta negra, la tinta roja, que refleja, según el eximio **Miguel León-Portilla**, “la idea del saber más elevado”, es decir, el conocimiento de la cultura prehispánica en sus más profundas fuentes, con sus más simbólicos y fundacionales elementos, que son elaborados a partir de no solamente de un talento para la pintura sino de la conjunción de cada elemento, del contorno negro, el

“tllitic” de cada trazo y de lo colorado, que brinda el croma exacto de cada elemento ahí plasmado, el “tlapalli”.

Transcribe Fray **Bernardino de Sahagún** tras el encuentro entre frailes evangelizadores con sabios indígenas y que consta en los famosos Coloquios, la respuesta y la resistencia de estos últimos:

“Y, he aquí, señores nuestros, están los que aún son nuestros guías, ellos nos llevan a cuestras, nos gobiernan... Los que miran, los que se afanan con el curso y el proceder ordenado del cielo, cómo se divide la noche. Los que están mirando [leyendo], los que cuentan [o refieren lo que leen], los que pliegan ruidosamente [las hojas de] los libros, de la tinta negra, la tinta roja, los que tienen a su cargo las pinturas. Ellos nos llevan, nos guían, [ellos nos] dicen el camino. Los que ordenan cómo cae el año, cómo siguen su camino la cuenta de los destinos y los días, y cada una de las veintenas. De esto se ocupan, de ellos es el encargo, la encomienda, su carga: la palabra divina...”

Un mucho de esto implica ser ganadero.

Dictar el destino de un ser vivo maravilloso, celebrar las fiestas, recordar a los ancestros, cuidar el tiempo y, de sumo importante, manejar, como ha sido antes, las páginas de los libros, el código de cada ganadería que consta en cada uno de esos tesoros, donde establece y documenta el cúmulo de tiempo que es la sabiduría de cada ganadería. Ese libro que vale tanto como el hierro y del cual es hoy guardián el ganadero **Marco Antonio González**, eso que es tan grande como el legado y en donde escribe, con tinta negra y roja, la página actual de esta historia.

Negra y Roja como la sabiduría más profunda, como el color de la divisa.

Y de ahí que la historia exija la celebración, a pesar de todo, tanto la festiva como la sagrada de mantener la sangre y la casta, no ceder ante la oposición a la bravura, responsabilidad inmensa, del tamaño de seis generaciones que pesa tal como cada una de las vueltas al potrero o un tiempo de seca, como el frío tlaxcalteca y como la expectativa de todos sus partidarios y seguidores.

Piedras Negras tiene una batalla enorme por librar, transcurrir los siglos sin renunciar ni voltear contrario a la tinta negra y roja de sus libros, resultando primordial hacer notar a quienes tienen la enorme responsabilidad de enfrentarles entender que esta ganadería brinda riesgo, miedo, incertidumbre, sí, pero solo a aquellos que no están seguros de su sitio y de su capacidad. De ahí que el pasado festival de Tlaxcala en fechas patrias y la

próxima corrida de toros, en su presentación en Zacatecas, en fechas revolucionarias, ilusione por el cartel, **Jerónimo, Fermín Rivera y Jiménez Fortes**, capacidad y arte juntos.



PLAZA DE TOROS MONUMENTAL DE ZACATECAS

DE CANTERA Y PLATA ESPECTÁCULOS

DOMINGO 15 NOVIEMBRE 4:30 PM

LUNES 16 NOVIEMBRE 4:30 PM

6 PIEDRAS NEGRAS 6

8 JOSÉ JULIÁN LLAGUNO 8

JERÓNIMO
FERMÍN RIVERA
FORTES

FORTES
DIEGO SÁNCHEZ
HÉCTOR GABRIEL
ANDRÉS SUÁREZ

BOLETOS VÍA INTERNET: CANTERA Y PLATA ESPECTÁCULOS

CUBREBOCAS OBLIGATORIO AFORO LIMITADO





Basta esperar que la bravura accione y si no llegara a ser, que la terna reaccione.

Pase lo que pase, estaremos viendo historia.

Y la historia estará a salvo, la tradición viva y la bravura honrada mientras *Piedras Negras* mantenga la fidelidad a los principios, la concepción de una idea y la realización y asunción de sus efectos. La paciencia, principal arma en tiempos de vacilantes principios en el entorno, ha jugado y juega un papel primordial para que este aniversario refleje la grandeza y el estado actual de lo mejor de esta fundacional sangre.

Estará a salvo y vivo el legado, para bien de la Fiesta, siguiendo para ello la tradición nunca que mejor detallada que aparece en el Códice Florentino: *“Cuida de la tinta negra y roja// los libros, las pinturas//Colócate junto y al lado//del que es prudente, del que es sabio.”* Ahí estarán en la vieja Hacienda de San Mateo Huiscolotepec para atestiguarlo, las campanas de su capilla para entonarlo y ese hierro y el campo santo para siempre recordarlo, mientras mirar el vaivén de la badana y el hondear orgulloso de la divisa por cada rueda en cada tercio de cada astado lidiado para honrarlo.

Ya en camino de un próximo bicentenario.

Twitter: @CaballoNegroII.

El Calesero: Naturaleza Trianera, Esencia Torera y Belleza Capotera

Las características del encabezado son las que bien pueden definir al hombre cuya sensibilidad y talento le llevaron a ser respetado y admirado en el mundo taurino. Alfonso Ramírez Alonso “El Calesero” dejó de existir el 8 de septiembre de 2002, a los 88 años, en la Ciudad de México. Sin embargo, fue en Aguascalientes, su tierra, donde se le lloró y rindió un homenaje del tamaño y dignidad propios de una figura del toreo. Aquí recordamos ese episodio donde tras la muerte del “Poeta del Toreo” se reflejó la mayor de las grandezas.

Miriam Cardona Martínez

La partida física de **Alfonso Ramírez Alonso**, en 2002, abriendo este Siglo, representó la mayor de las tristezas en el medio taurino nacional, quizá a la distancia, incluso más allá. Por ejemplo, tiempo después, en el devenir de este siglo, para muchos aficionados europeos este torero ha representado un descubrimiento artístico

total y cabal, un torero que deslumbra por su facilidad y gracia, por su aire creativo y arte exquisito.



Con él se fue uno de los últimos íconos de nuestra fiesta, que brilló desde la Época de Oro y fue una figura fundamental de la Época de Plata del toreo en México, brillando con intensidad propia y enalteció y enaltece aun su legado, la torería mexicana en otros planos del mundo. Fue entonces cuando sus restos, convertidos en cenizas, descansaban ya en la urna que cubrió para siempre a quien con su torero y sentimiento hizo poesía su máxima exposición de la grandeza y sabiduría.

La Tierra de la Gente Buena no solo lo vio nacer un 11 de agosto de 1914 sino crecer como torero, otorgándole el ser supremo cualidades innatas que le permitieron convertirse en un privilegiado de los ruedos. Recuerdo lo que en tal ocasión me mencionó el entonces Alcalde de la Ciudad, Ing. **Ricardo Magdaleno**: “Como Presidencia Municipal, nos unimos a todo el homenaje que hace el pueblo de Aguascalientes a ese gran orgullo de nuestro Estado como lo es el Maestro ‘**Calesero**’, por su arte que lo hizo

parte del toreo siendo una figura de toda la afición taurina mundial.”



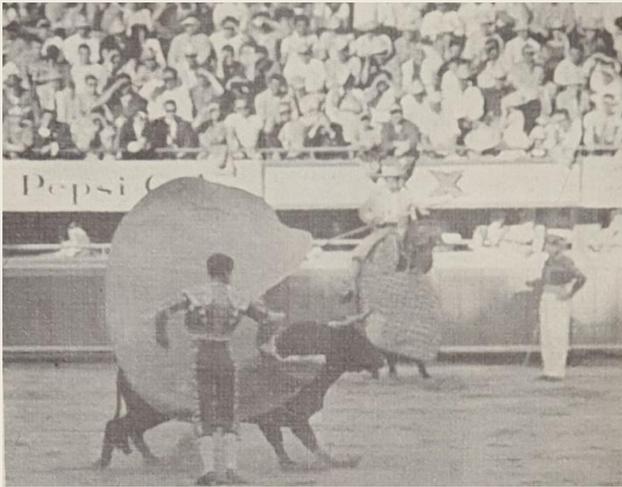
Fue ese el motivo por el cual su natal Aguascalientes recibió los restos del Maestro ese lejano 10 de Septiembre de 2002, cuando le recibió para despedirle y rendirle emotivo homenaje en pleno Palacio de Gobierno y de ahí, emocionadamente, a la Centenaria Plaza de Toros “San Marcos”, fiel testigo y escenario virtuoso donde, en infinidad de tardes, Don **Alfonso** transmitió con capote y muleta su poético toreo.

Y justo antes de pasar al Barrio de San Marcos, justo a la mitad del día, se ofreció una misa, de sumo emotiva como pocas han sido, en el bellísimo templo del Señor del Encino, ubicado en el taurinísimo Barrio de Triana, donde muchas tardes de niño lo mismo correteó o jugó y soñó con ser lo que posteriormente fue, un gran torero. “Una gran pena, una enorme pérdida, pero, en fin, así es la vida que no perdona los años.

Desgraciadamente se nos fue, estará ya en la gloria con los demás toreros. Fue un gran amigo mío, desde niño lo estimé mucho porque fue una gran persona.” Con mucha emoción fueron estas las palabras de **Miguel Espinosa “Armillita”**, hoy ya fallecido, y que de ellas se muestra el cielo como un concierto entre las figuras del toreo.



A pesar de que, como resulta natural para alguien de mi tiempo, no tuve el privilegio de ver torear a **Alfonso Ramírez “El Calesero”**, no me resulta difícil describir lo que representó en el ruedo la imagen del Poeta del Toreo en los aficionados, que tuvieron el don de verlo realizar un señorial lance con el capote o incluso un muletazo sentido y templado. “Estamos tristes, pero a la vez gozosos porque realmente nos dejó un ejemplo como padre, esposo, como ser humano, como profesional, ya que ha sido muy íntegro y ha tenido una vocación en todo lo que ha hecho en su vida y, pues, la verdad, estamos orgullosos.” Así dio testimonio, desde su posición de hijo, **Francisco Ramírez Ibarra**, al describir a **Alfonso Ramírez Alonso** como padre.



Y aún más artista, **Curro Calesero**, definió lo que implicaba para el toreo la partida de Alfonso Ramírez como torero, evocando a **Manuel García Santos** y sus famosas palabras en su crónica tras la despedida de “**El Calesero**” en 1966 en la Plaza México: “Se ha perdido un capote y se recompensará a quien lo encuentre. Antes que mi padre, para mí fue mi ídolo porque mi padre se jugaba el pellejo en la plaza y para mí es el mejor torero que he visto en mi vida.” Entendimiento fundamental.



Muchas han sido las pláticas que he tenido con diversos aficionados caleseristas quienes tuvieron y siguen teniendo la sabiduría y sensibilidad para transportarme a la época en la que brillaba con luz propia en los ruedos

el Maestro. Es, precisamente, esa sensibilidad para describir las tardes triunfales y momentos grandes del Poeta del Toreo, donde radica el poder de sentir aquello que no se ha visto, es decir, poder sentir lo sublime del toreo de “**El Calesero**”. Admiro en el Maestro al hombre artista con un sello auténtico e identidad inigualable cuyo único estandarte era producir una emoción por medio de las fibras más sensibles de su ser: inspiración y gracia.



Murió la materia. Pero aún sigue viva la esencia, esa no muere, se nutre y crece al grado de mantenerla en su máximo esplendor. Ahora esa es la tarea de las próximas generaciones, mantener inerte el recuerdo del maestro **Alfonso Ramírez “El Calesero”** quien dejó un legado importante no solo con su apasionante toreo, sino al ser el creador de dos quites inmortales: el farol invertido y su creación fundamental, la caleserina, en cuya impronta está su nombre.

Ahí está, vivo en cada uno de los quites, vivo en ese “Viento, poema de Abril//Con rumor a Aguascalientes//Y olor a Guadalquivir” del que hablaba **Manuel Benítez Carrasco** y que cada vez que el cine nos muestra a **Alfonso Ramírez**, cada que estamos en la Centenaria Plaza San Marcos, cada que caminamos en el Barrio de

Triana, cada que le vislumbramos en el bronce de la Plaza Monumental.

Con su partida se cierra un importante capítulo en la vida de torero mexicano que sintió y transmitió en una plaza de toros su esencia. Considero que no hay nada máspreciado en la vida de un ser humano que, ser y convertirse en una referencia de superación, en este caso artística, siendo su propósito principal dar nacimiento a sí mismo, y esto es lo que precisamente hizo, y vaya de qué manera, **Alfonso Ramírez “El Calesero”**.



Francisco Montes *Paquero*

“Vivir es comenzar a morir y morir es comenzar a vivir”. ¡La poesía perdió en el toreo a su máximo exponente y el toreo nacional su sentimiento más ferviente!

Descanse en Paz, poeta y maestro del toreo,
Alfonso Ramírez “El Calesero”

Twitter: [@MyRyCar](https://twitter.com/MyRyCar).

LUPE SINO, EL AMOR DE MANOLETE, Y SU PELICULESCO REGRESO A MEXICO

LEONARDO PÁEZ

Cada 28 de agosto se conmemora la no del todo explicada muerte de Manuel Rodríguez *Manolete*, en Linares, Jaén, el año de 1947, supuestamente a consecuencia de la cornada que le infiriera en la femoral del muslo derecho *Islero*, de la ganadería de Miura, al entrarle a matar. Desde entonces han corrido ríos de tinta en torno al legendario *Monstruo de Córdoba*, incluidos lugares comunes y no pocos juicios condenatorios.

Es muy probable que el idolatrado, enamorado y censurado Manolo seguramente habría querido que, en alguna de sus recordaciones luctuosas, se atenuaran

los inventos y malquerencias en torno a su adorada Lupe Sino y el retorno fugaz de ésta a México, país donde una vez casados, la pareja pensaba radicar la mitad del año. Pero las ambiciones de algunos, el ingenuo sentido de libertad del diestro y su inoportuno anuncio de que en octubre de ese año, retirado ya de los ruedos, contraería matrimonio, pusieron sobre aviso a su apoderado José Flores *Camará* y “amigos” de confianza, a los cancerberos de las buenas costumbres, a los taurinos de la vela perpetua y al régimen franquista, alarmado porque el torero que habían utilizado “para olvidar una guerra” se saltaba las trancas de la decencia y con su pareja sentimental se dejaba ver, tan campante, por los países taurinos de América. Eso se tenía que remediar a como diera lugar.

Antoñita, la musa del Monstruo

Antonia Bronchalo Lopesino, que en el medio artístico español era conocida como Lupe Sino, nació en Sayatón, pequeño pueblo de la provincia de Guadalajara, España, el 6 de marzo de 1917. Fue la segunda de nueve hijos y a lo largo de su vida tendría que aguantar no sólo las embestidas que toda mujer atractiva y con personalidad aguanta, sino que además sería

objeto de un extraño encarnizamiento de calumnias, envidias y rechazos varios por parte de taurinos, familiares del diestro, funcionarios, periodistas y la clerigalla en turno, pues en la España de Franco no era bien visto que el porta estandarte de las virtudes cristianas de todo un pueblo y figura internacional de los ruedos anduviera luciéndose con una mujer que, para colmo, ya había estado casada por lo civil de 1937 a 1939 con un militar del IV Ejército Republicano, que además no podía tener hijos y a la que se calificaba, entre otras lindezas, de caza fortunas.

A Manuel Rodríguez, tan dueño de sí y de su determinación delante de los toros, poco le importó el juicio condenatorio de que Lupe era objeto y, enamorado como estaba, no midió las consecuencias de desafiar a todo el sistema ideológico que reprobaba tan escandalizante, para las buenas conciencias, relación. Por otra parte, además de la cornada de *Islero*, es bien sabido que a *Manolete*, tras la intervención quirúrgica, se le suministró, por órdenes del médico de la plaza de Las Ventas, Luis Jiménez Guinea, un plasma noruego en mal estado que diez días antes había cobrado docenas de víctimas en el Puerto de Cádiz tras la explosión de un arsenal.

Lupe: dos veces México

Para Lupe Sino aquella pérdida fue doble: la inesperada muerte de su famosa pareja y no haber recibido nada de la inmensa fortuna de aquel. El hecho de que le gustaran joyas y pieles no la convertía en caza fortunas. Un botón de muestra: “No obstante que en la Ciudad de México *Manolete*, en su segunda temporada, le ofrecía comprarle una mansión en la esquina del Paseo de la Reforma y la calle Río Guadalquivir, Lupe prefirió un abrigo de mink”, relataba



No obstante que *Manolete* ofreció regalarle a Lupe una mansión en la principal avenida de la Ciudad de México, ella prefirió un abrigo de mink, platicaba un emocionado testigo de ese diálogo.

emocionado don Manuel Santamaría, quien paseó a la pareja por la ciudad en el coche de su padre, amigo del diestro y propietario entonces del prestigiado restorán típico La Hostería de Santo Domingo. A la doble pérdida de Lupe se añadiría una serie de denuestos, responsabilizándola indirecta-

mente de la muerte del torero y cerrándole las puertas en el medio artístico de España, donde entre 1942 y 1948 intervino en películas como *La famosa Luz María*, realizada por Fernando Mignoni, *El testamento del virrey*, de Ladislao Vajda, y *El marqués de Salamanca*, que dirigió Edgar Neville.

Por ello, cuando su paisano el longevo director de cine radicado en México, Miguel Morayta Martínez–1907, Villahermosa, Ciudad Real-Ciudad de México, 2013– le ofreció a Sinoun papel en la película *La dama y el torero*, ella se animó a regresar a México en 1949. Sin embargo, hasta acá la perseguirían los inventos de una prensa amarillista e incondicional del gobierno de Franco que ahora divulgaba, sin poder probarlo, que Lupe había tenido la irrespetuosa ocurrencia de casarse con un mexicano de nombre Manuel Rodríguez, más que para prolongar la leyenda del ídolo para atizar el fuego de supuestas nuevas deslealtades.

Aparece *El Chípiro*

A sus 32 años Lupe era una atractiva mujer con unos ojazos verdes y una sonrisa luminosa, de la que en México se enamoró a primera vista un abogado y exitoso

empresario del negocio inmobiliario, de nombre José Rodríguez Aguado, nada de Manuel, con el singular apodo de *El Chípiro* –en el argot familiar hacedor de *chipiroteadas*, de cosas que resultan por audacia, según me contó don Jorge Rodríguez, su ahijado y sobrino consentido, que a veces salía con la pareja–, y con quien Lupe se casa por el civil y la Iglesia en 1950. Empero, no obstante la disposición de ambos a apostar por una relación prolongada y la respetuosa acogida que Lupe tuvo por parte de los familiares de *ElChípiro*, el matrimonio duró poco más de un año, en una lujosa residencia de la calle de Camelia, en la colonia Florida, al sur de la capital mexicana, con baño turco, boliche, frontón, alberca y... desencuentros.



De izquierda a derecha: una asombrada Lupe Sino, detrás su esposo mexicano, José Rodríguez Aguado *El Chípiro*, sus hermanos y cuñada, y sentados, los tíos y padres de éstos.

“Más que guapa –añadía don Jorge Rodríguez–, Lupe me pareció graciosa, alegre, educada y de una amena conversación. Mi tío José era un exitoso hombre de negocios, simpático, hábil y fiestero, muy aficionado a los toros junto con sus hermanos y muy querido por sus sobrinos, a los que consentía y colmaba de obsequios. Lo que se proponía lo lograba y siempre tuve la impresión de que le sobraban mujeres guapas. Lupe no logró adaptarse al ambiente familiar y si *chipiroteada* quería decir que algo salía bien, al *Chípiro* todo le salió bien excepto su matrimonio con la infortunada expareja de *Manolete*.”

Una vez más el chismorreo y la maledicencia, ahora de periodistas de la Ciudad de México, enredaron la separación de la pareja y propagaron la versión de que Lupe se quedaría con tres residencias que su esposo poseía en las Lomas de Chapultepec. De nuevo el sambenito de cazafortunas le fue colgado a Lupe Sino, que sin mansiones a su nombre ni riquezas de las cuales disponer regresó a España en 1951, a su modesto piso del Paseo Rosales, en Madrid, donde sola, rodeada de agridulces recuerdos y fotografías, falleció el 13 de septiembre de 1959 a causa de un derrame cerebral, luego de 42 años de decirle sí a la vida.

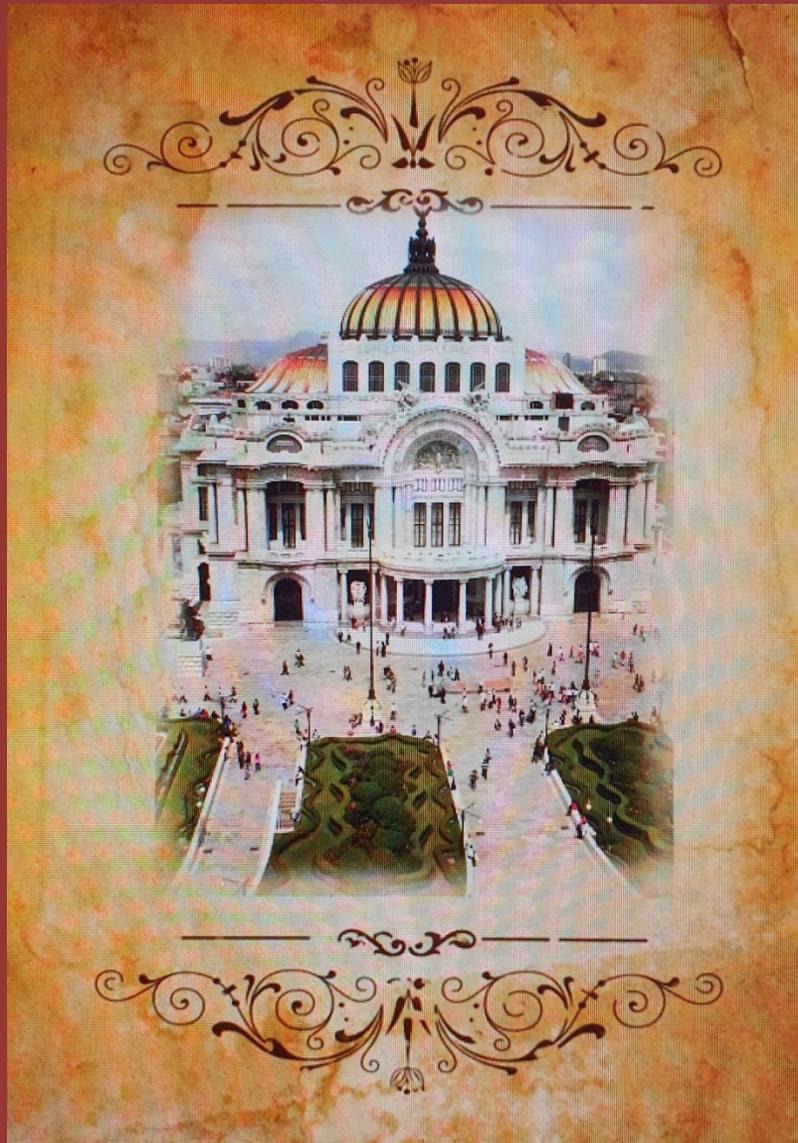


Rafel Guerra Guerrita
(Wikipedia)

LETRAS DEL PERIODISMO

Acontecer Hispanoamericano

<https://letrasdelperiodismo.com/>



Agapito Maestre - Bardo de la Taurina - Leonardo Páez - Leopoldo de La Rosa

Luis Eduardo Maya Lora - Víctor López "El Vito"

Francisco Álvarez - Magia Rangel